

DIETRICH VON HILDEBRAND: SEMBLANZA BIOGRÁFICA

GUIDO STEIN

Alice von Hildebrand has written an appealing philosophical biography of his husband. *The Soul of a Lion** delivers an accurate *alibi* for going deeper in Hildebrand's *Weltanschauung*, what is a philosophical theory of things themselves and a personal attitude as well.

Si la tarea intelectual de un filósofo se condensa en la búsqueda incondicional de la verdad, la vida de von Hildebrand, relatada en este libro por su segunda mujer, es un ejemplo expresivo y fecundo de cómo ese afán teórico está entrelazado misteriosamente con el comportamiento práctico personal.

Desde Sócrates sabemos que el conocimiento de la verdad no es moralmente aséptico, no debería dejar indiferente a quien lo posee; sin embargo, paradójicamente, también somos conscientes de que no siempre se traduce en el coraje vital que se merece, en la respuesta moral que justamente le correspondería: ¿paradojas de la libertad?

El libro comentado se centra en lo acontecido durante el lapso de tiempo que transcurre desde el nacimiento de Dietrich von Hildebrand en Florencia, a principios del otoño de 1889, hasta su llegada azarosa, como la de tantos otros refugiados centroeuropeos, a los Estados Unidos en vísperas de la Navidad de 1940. Los treinta y siete años siguientes, que desembocan en su muerte en 1977 en Nueva York, menos dramáticos, si bien filosófica y teológicamente igual o más fértiles, seguramente quedarán para otra entrega.

* Biography by Alice von Hildebrand: *The Soul of a Lion*, Ignatius Press, San Francisco, 2000.

Como no se trata de resumir las entretenidas 322 páginas, cuya lectura a duras penas se deja interrumpir, me centraré en tres momentos biográficamente contundentes: la feliz formación cultural en el entorno familiar, la amistad con Max Scheler y su doble signo de contradicción, y la llamada comprometida de la verdad o el enfrentamiento de un pensador católico al Nacionalsocialismo.

Entre las anécdotas que escoge el Cardenal Ratzinger para ilustrar su introducción al libro, destaca la que describe a un von Hildebrand adolescente, de catorce años, llevándole la contraria a su hermana mayor durante un paseo por la campiña de su Florencia natal. El asunto de marras, en sí mismo intrascendente, esconde un debate tan actual como importante: la hermana sostiene que los valores morales son esencialmente relativos, pues dependen en definitiva de las circunstancias particulares que rodean las acciones humanas. Como Dietrich no daba su brazo a torcer, exasperada, al volver a casa le contó el incidente a su padre, famoso escultor, quien pretendió zanjar la cuestión de modo despectivo, aludiendo a la falta de experiencia de la vida del adolescente. El joven Dietrich desarmó inmediatamente el argumento *ad hominem*. Efectivamente, la edad no es relevante para el asunto en cuestión.

El esplendor de la verdad cautivó a nuestro filósofo desde los albores de su uso de razón con tal ímpetu, que ni entonces en la casa paterna, ni después en los terribles y múltiples avatares del siglo XX que le tocó vivir, la alianza entre el relativismo moral y la autoridad para imponerlo que conducen al totalitarismo, le disuadieron.

Von Hildebrand fue junto con sus cinco hermanas un privilegiado. Disfrutó en los cruciales años de la formación de la personalidad, y de su ulterior despliegue, de un ambiente cultural con nivel tan extraordinario, como de acceso connatural. Un ambiente propio de la posición social de unos padres ricos, cultos, y sensibles, enraizados, a la vez, en la mejor sociedad bávara. Los vástagos adquirieron por ósmosis una educación estética, musical, literaria y artística en la que imperaba la belleza, y la argumentación. Vivir entre cosas bellas y rodeadas por personas que aman la belleza y la hacen amable, prepararon una senda expedita hacia lo que vino

después en la vida de von Hildebrand. Los avatares existenciales que nos narra San Agustín en sus *Confesiones*, o Edith Stein en *Aus dem Leben einer jüdischen Familie*, resuenan cercanos.

El joven Hildebrand comienza sus estudios de Filosofía en la Universidad de Munich con Theodor Lipps. Su carácter alegre y desenfadado, apalancado en una salud de hierro, le lleva a disfrutar a fondo de la pujante vida intelectual de la capital bávara de comienzos de siglo. Se introduce en diversas sociedades filosóficas, en las que afila su incisiva potencia argumentativa. Entonces conoce la que debió ser una impresionante figura, Max Scheler, ante quien von Hildebrand tuvo la experiencia del genio, sentimiento compartido por Edith Stein y Ortega y Gasset, quien le describió como un “embriagado de esencias”, entre otros muchos. Fue precisamente Scheler quien desplegó ante el alma y la inteligencia de Von Hildebrand el esplendor y la fuerza del depósito de la verdad que custodia la Iglesia Católica. Difícilmente se puede uno imaginar el efecto que el torrente scheleriano pudo causar en el ávido joven cuando aquel describía, por ejemplo, lo que era un santo al hilo de la figura de san Francisco de Asís. Desde 1907 en que la Divina Providencia planta la semilla de la conversión a través de esa profunda amistad, hasta la Vigilia Pascual de 1914, en nuestro protagonista se produce una contenida e intensa sacudida que se reflejará indeleblemente en su pensamiento. Las páginas que lo narran son una ocasión muy oportuna para que cualquier pensador católico, o no, reflexione sobre el sentido del trabajo filosófico.

Durante esos mismos años von Hildebrand completa sus estudios en Tubinga, cuna de la mejor Fenomenología. Se doctora con Husserl, quien, a diferencia del caso posterior de su discípula y ayudante, Edith Stein, nunca le perdonaría a von Hildebrand su conversión. Otra influencia relevante fue la intensa amistad con Reinach, parangón de la honestidad intelectual para el joven Dietrich, en lo que también coincide con la santa carmelita. Reinach coronó un trabajo comenzado por Scheler y continuado por Husserl, al mostrarle la riqueza metodológica de la fenomenología realista para el estudio de la vida moral, y en general para la renovación original de una filosofía apresada en el idealismo

Es la época de *Die Idee einer sittlichen Handlung* y, luego, *Sittlichkeit und ethische Werterkenntnis*, ambas publicadas en el histórico *Jahrbuch für Philosophie und phänomenologische Philosophie*, junto con la *Ética de Scheler*, las *Ideas de Husserl* o la obra sobre los fundamentos aprióricos del derecho civil de Reinach. Desde entonces, von Hildebrand simultanearía constantemente la especulación filosófica con conferencias y escritos de índole teológica y espiritual; una alternancia de cuya fecundidad da testimonio la reedición que en los últimos años están experimentando sus obras, por ejemplo, en Estados Unidos y en España. En este sentido merecen una mención especial sus obritas *Die Ehe, Reinheit und Jungfräulichkeit, Liturgie und Persönlichkeit, Der Katholische Berufsethos*, y a finales de los años treinta, en plena persecución nazi, *Die Umgestaltung in Christus*.

La hipocresía y la angosta mentalidad del peor academicismo, si es que hay alguno bueno, hincaron sus dientes en el compromiso religioso que manifestaba esa actitud intelectual, pretendiendo invalidarla con argumentos espúreos, pero eficaces: a pesar de casi conseguirlo varias veces, Hildebrand nunca llegó a disfrutar de ninguna cátedra en Europa. Quizá gracias a eso, dolorosa y vergonzosa paradoja, hoy haya legado una obra exhuberante, sin encorsetar, que no rehuye el estudio detenido y sin prejuicios de cualquier esfera de la realidad, naturalmente, también la genuinamente religiosa.

Su posición personal tan contraria al comunismo de la República de Weimar, como al cruel Nacionalsocialismo posterior, y tan deudor de aquel, alancearon su producción intelectual, que desplegó con la pluma y con la palabra, arriesgando de modo casi novelesco su vida, y aterrizando en una pobreza, vivida con la elegancia de un verdadero aristócrata, es decir, de quien se ha jugado su riqueza a la mejor carta. Son los terribles años pasado en la Viena de Dollfuss, dirigiendo la combativa revista *Der Christliche Ständestaat*. Años antes se había ocupado de indagar filosóficamente acerca de la relación entre el individuo y la comunidad en *Die Metaphysik der Gemeinschaft*, una obra cuya relectura en el debut de este milenio sería intelectualmente muy estimulante. Los capí-

tulos que narran esta dramática peripecia vital continuada en el sur de Francia con la ayuda generosa de católicos franceses como Maritain, son sencillamente apasionantes. Unas carambolas inexplicables permiten el paso de toda la familia a España, que como para tantos otros refugiados significaba la salvación.

Aún en el caso posible de que la biografía no se distinga por una objetividad digna de un historiador profesional, aunque sólo la mitad de lo relatado fuera como realmente ocurrió, nos encontraríamos ante una vida muy singular para la historia de la filosofía.

Al margen de la calidad filosófica de su obra en comparación con las clásicas cimas de esa historia, la figura de Dietrich von Hildebrand bien vale para replantear la duda de si muchos de los errores filosóficos no se deberán más a la carencia de humildad intelectual, que a la escasez de agudeza intelectual. Problema que su malogrado amigo Max Scheler abordó con gran finura en *Von Wesen der Philosophie und der moralischen Bedingung des philosophischen Erkennens*, y que como una música de fondo –von Hildebrand era un melómano pasional, lo que se nota en el ritmo de su prosa– acompaña su reflexión.

El descubrimiento de la verdad no es independiente de la actitud del hombre. Heredar ese descubrimiento es recrearlo. Recreando, precisamente, las palabras con las que von Hildebrand finaliza su obra acerca del sentido del conocer filosófico, *What is philosophy*, sobre la que ya empezó a trabajar medio siglo antes, ponemos nuestro punto final: “*El verdadero filosofar conduce al hombre al recuerdo y le libera de toda supuesta autarquía. La humanidad se torna como Daniel, el “hombre de la añoranza”, de aquella añoranza que san Agustín expresó diciendo: “Nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en Ti”. El verdadero filósofo es, como Platón e, paidagogos is Christon, el que prepara el camino hacia Cristo*”.

Guido Stein
Universidad de Navarra
31080 Pamplona España
gstein@unav.es





BIBLIOGRAFÍA

